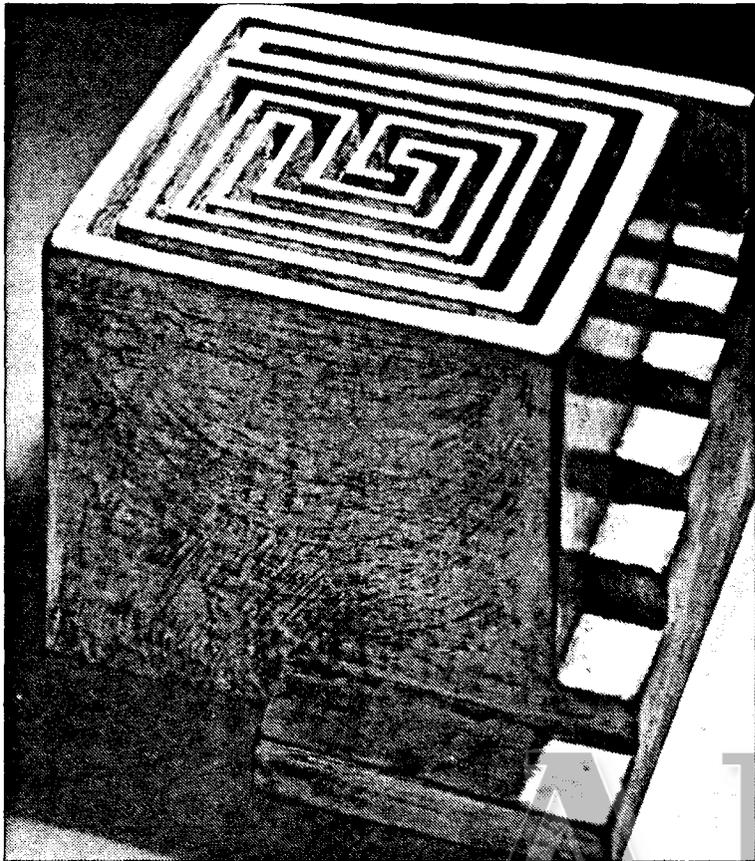


SUBIRACHS: LA FORMA EN EQUILIBRIO



«Laberint», de 1993. Madera pintada (33 x 42,5 x 40,5)

Galería Biosca. Madrid
Génova, 11
Hasta el 11 de marzo
De 40.000 a 3.000.000 de ptas

una obra declarada con precisión, y esa obra ha producido una admiración, seguida de una adhesión pública, no es educado, simplemente educado, ignorar su presencia, soslayar su permanencia. Constantemente, la fuerza centrífuga del arte, manejada frívola, comercialmente o como puro y duro ejercicio de poder, expulsa de su centro seres, nombres, que podrían formar parte de una galería de monstruos sagrados respetables.

Nuestro país extravía continuamente su memoria histórica; nunca termina de aprender que está compuesta por eslabones que posibilitan su permanencia, y que cualquier clase de dictadura, de censura, quiebra la cadena, convirtiéndola en una secuencia tartamuda.

José María Subirachs (Barcelona, 1927), realizador de las esculturas de la fachada de la Pasión de la Sagrada Familia, de Barcelona, proyecto de largo y dificultoso alcance (¿quién pone un cascabel a Gaudí?), muestra ahora sus obras privadas -pintura, escultura, dibujo y grabado- tres años después de su antológica en la Casa del Monte (1992) y a dos años tan solo de

la instalación de un friso en nuestra Plaza de Colón (1993).

Subirachs no sólo no evita sino que afirma su pasado, su aprendizaje en el taller del escultor, también catalán, Enrique Casanovas, quien fue depositario de la estatuaria de Maillol, y, desde luego de los cánones griegos. Los resultados de esta experiencia artística se concretan y personalizan en el equilibrio que muestran las obras de Subirachs, quien por su idiosincrasia mediterránea no rechaza las leyes, gusta del volumen en sus aspectos cóncavo-convexos, y tiene la voluntad de mostrar una obra, en la que la belleza del equilibrio es consecuencia de la libertad dentro de la cultura.

Siempre hay rasgos de profundidad en su obra. En ella no existen sobresaltos, sino serenidad, y esa perfección técnica consecuencia del ámbito del taller. Subirachs busca en el trabajo, y la encuentra, una afirmación de la continuidad de su quehacer artístico. No siente en sus huesos las sombras amenazadoras de la muerte, de la muerte de cualquiera de las clases de arte que en este momento conviven. Con una actitud asentada, prosigue su ya larga trayectoria, eludiendo las insustancialidades que se producen en el controvertido mundo que habita.

Adolfo CASTAÑO

CUALQUIER existencia, por su fragilidad, necesita de la admiración y la adhesión. Es obvio que existir comúnmente no es tarea fácil; pero aún es menos fácil existir públicamente, ante los ojos ajenos, frente a las palabras y los

juicios ajenos, que solicitan -hijos del tiempo- un cambio, una aceleración, alejada por completo del ritmo estacional y diario de la vida humana.

Cuando se han establecido y mostrado unas bases de acción, cuando se ha realizado

lor que la viste, al que resta arrebatado y quita protagonismo; color de amanecida, cuando la luz descubre el gris, el verde mitigado, el rojo que se enfría. Son colores de génesis -su cuerpo todavía es niño- que se replantean al nacer a cada contracción pictórica. Porque nacer es incierto y duele; Resbier lo experimenta así, muy lúcidamente.

Luego indagamos en su narra-

ción, que aunque sea aparentemente breve, existe; y advertimos que, aparte de los magmas que evolucionan en ella, del caos sobre el que gravitan, aparecen, en sus atmósferas tibias, estructuras aisladas, rectilíneas, que insinúan el deseo de componer una estructura coherente, cuando llegue el momento.

El trabajo de Eduard Resbier, óleos y resinas sintéticas sobre tela, no es hermético. Su propuesta es visualmente ambigua como corresponde; y para desvelarla -intuirla- sólo es necesario mirarla sin calificativos, dejándose impregnar por sus imágenes complementarias -Resbier organiza secuencias- para llegar al fondo de su intención.

Resbier además vende -dato que importa mucho en este momento del arte, que importa al público indeciso y desde luego a las galerías-. Pero no es por esa razón por lo que le exhibe Emilio Navarro, que cree en su valor desde hace tiempo (1993), sino por su verdad, que él cuestiona incansablemente.

A. C.

EL MUNDO FIGURADO DE EDUARD RESBIER

Galería Emilio Navarro. Madrid
Almirante, 11
Hasta el 28 de febrero
De 15.000 a 450.000 pesetas

EDUARD Resbier (Barcelona, 1968) mantiene un contencioso con la realidad del mundo y, por supuesto, lo enuncia en su pintura y también con sus palabras escritas en el catálogo -los pintores cuando escriben señalan ciertamente-. A nosotros nos importa más que entender, intuir lo que hace, aquello que nos proponen sus imágenes, girar la llave que nos dé paso a este mundo suyo figurado, ensimismado.

Y para intuir lo que se mueve

«*EL trabajo de Resbier -óleos y resinas sobre tela- no es hermético. Su propuesta es visualmente ambigua y para desvelarla sólo es necesario mirarla sin calificativos, dejándose impregnar por sus imágenes complementarias*»